

Sofistas, según Luciano

Pilar Gómez Cardó
Universidad de Barcelona

La sólida formación de Luciano, su rico conocimiento y dominio de la tradición literaria griega, así como su demostrada maestría en el uso de la lengua hacen que, quizás, no sea causal ni gratuito en sus escritos el empleo de determinados términos.

En el entorno sociocultural en que Luciano escribe, una palabra que no podía dejar indiferente al público oyente-lector es el término sofista. Sofista designa a un hombre de cultura, maestro y orador, en la época de Luciano¹; pero para entonces se trata ya de una denominación de larga tradición cuyo significado puede resultar tan controvertido como arraigado su uso. Controvertido, sin duda, por la pluralidad de matices que admite, pero sobre todo también por haber sido utilizado como nombre común para definir a un cierto tipo de individuos en un contexto muy concreto, la Atenas del s. V a.C. Este hecho determinó, en buena medida, la connotación negativa de la que este vocablo no había de quedar exento. La neutralidad inicial de esta palabra, cuando podía ser, simplemente, por ejemplo, sinónimo de sabio², quedó definitivamente empañada y enmascarada por el uso –e incluso, tal vez, abuso– que Platón hizo de ella al contraponerla a filósofo. Platón entendía que un sofista era un individuo que aspiraba a monopolizar, en parte, la función social que el arcaísmo atribuía al sabio, en un momento en que la sabiduría se había teñido de contenidos también técnicos sometidos a procesos de aprendizaje³.

¹ Sobre el significado del término en otro autor emblemático del período imperial de la cultura griega, véase F. MESTRE, «Plutarco contra el sofista», en *Plutarco, Platón y Aristóteles* (eds. A. PÉREZ JIMÉNEZ-J. GARCÍA LÓPEZ-R. AGUILAR), Madrid, 1999, 384-395.

² Cf. Arist. *Fr.* 5 Rose.

³ Cf. Pl. *Phdr.* 278 d, para la oposición entre sabio y filósofo, entre sabiduría y filosofía.

Desde Platón, y antes de él, hasta Luciano el contexto social cambia. Sin embargo, Filóstrato, más próximo temporalmente a Luciano que el fundador de la Academia, rescata precisamente para definir a hombres educados (οἱ πεπαιδευμένοι), oradores, maestros, filósofos e intelectuales de su época, el término sofista –ahora con el aditivo de "segundos"–, y recoge en su obra más conocida la vida de estos individuos, aunque se da la circunstancia, tal vez sorprendente a primera vista, de que en su galería de personajes no se encuentra Luciano⁴.

El escritor de Samosata, espíritu inquieto, agudo observador de la realidad, manipulador eficaz de convenciones literarias, tan hábil fijador de arquetipos humanos como distorsionador de figuras emblemáticas consagradas por la tradición griega, no podía quedar indiferente ante el fenómeno cultural y literario más importante de su época, la Segunda Sofística⁵. En buena medida, la obra misma de Luciano –y a pesar de la dificultad intrínseca cuando intentamos clasificar sus escritos⁶– es reflejo de la tensión sostenida entre el autor y *los otros*, los sofistas, y él mismo se autodefine a menudo por oposición o en relación a lo que éstos hacen o escriben, ya que para unos y otro la *paideia* es un concepto de altísima importancia⁷. Así pues, los sofistas actúan a modo de referente, explícito o implícito, más o menos constante, en la obra de Luciano, quien pretende atraer también la atención de su auditorio "in a momentary bridging of the gap between its historical present and cultural past through a parodic revival of a whole array of paradigmatic types and cultural ideals preserved by diverse traditions from the classical past"⁸.

De este modo, para poder conocer con mayor precisión, si es posible, la acepción –múltiple, sin duda– que Luciano confiere al término, puede resultar interesante acudir a cada uno de los contextos donde el samosatense se sirve de este vocablo. Son 52 instancias, de acuerdo con el resultado de la búsqueda realizada en el *Thesaurus Linguae Graeca* bajo la demanda "σοφιστ-". La sistematización de los datos obtenidos abre distintas posibilidades de análisis, pero, en cualquier caso, hemos procedido a clasificar los contextos en una serie de apartados cuya definición y nomenclatura ha derivado de la propia lectura de los

⁴ Cf. F. MESTRE-P. GÓMEZ, «Les Sophistes de Philostrate», en *Figures de l'intellectuel en Grèce ancienne* (eds. N. LORAUX-C. MIRALLES), París, 1998, 333-369.

⁵ Cf. G. ANDERSON, *The Second Sophistic: a Cultural Phenomenon in the Roman Empire*, Londres, 1993.

⁶ Cf. F. MESTRE-P. GÓMEZ, «Retórica, comedia, diálogo. La fusión de géneros en la literatura griega del s. II d.C.», *Myrtia* 16 (2001) 111-122.

⁷ Cf. F. MESTRE, «Segunda Sofística y Luciano de Samosata», en *Una nueva visión de la cultura griega antigua en el fin del milenio* (ed. A. M^a GONZÁLEZ DE TOBIA), La Plata, 2000, 61-76.

⁸ Cf. R. BRACHT BRANHAM, *Unruly Eloquence. Lucian and the Comedy of Traditions*, Cambridge-(Massachusetts)-Londres, 1989, p. 4.

textos. Siendo así, estudiaremos el valor y uso del término sofista –en cualquiera de los casos de flexión– desde los siguientes aspectos básicos:

1. Sofista identificado con un nombre propio.
2. Sofista asociado a otros nombres comunes.
3. Adjetivos que califican el término sofista.
4. Apariencia externa del sofista.
5. Acciones y actitudes propias de un sofista.
6. Naturaleza de la sofística.

El objetivo del presente trabajo es analizar, aquí y ahora, únicamente quiénes son los individuos –los nombres propios– a los que Luciano se refiere con la denominación explícita de sofista. Ello ocurre en 15 ocasiones y entre estos nombres se encuentran tanto sofistas reconocidos como tales en la tradición griega, filósofos o caudillos, como personajes míticos o algún supuesto miembro de la Segunda Sofística⁹.

De entre los oradores, Luciano incluye en su catálogo de longevos a Isócrates y a Gorgias, "a quien algunos llaman sofista" (*Macr.* 23). Con esta puntualización Luciano tal vez quiere destacar que para él –como para Filóstrato, quien atribuye a Gorgias precisamente la paternidad del arte de los sofistas¹⁰– el de Leontinos es, ante todo, maestro de la palabra. Por lo tanto, en este caso adjudica a otros la imputación negativa que el término pueda tener –entendido y condenado desde la óptica platónica–, y se limita a asociarlo, por razón del oficio, con uno de los adalides de la *paideia* griega, de la cual el samosatense es, él mismo, abnegado deudor¹¹. Filóstrato, en efecto, reconoce el papel esencial de Gorgias en el desarrollo de la retórica sofística por considerarlo "modelo inicial de vehemencia, de empleo insólito del lenguaje, de noble inspiración, de interpretación grandiosa de los grandes temas, de construcciones en frases vivas y cortas, de giros inesperados, procedimientos con los que el discurso se hace más deleitoso y vivaz, además de que lo revestía de palabras poéticas por mor del ornato y de la gravedad"¹².

Favorino, quien también aparece en la obra de Filóstrato formando parte del elenco de filósofos proclamados sofistas por su fluida y bella palabra¹³, es in-

⁹ Por dos veces, Luciano aplica este término a dos personajes anónimos, cuando alude como sofista a "un sirio de Palestina" (*Philops.* 16) y a "un conocido sofista de Rodas" (*Tox.* 27).

¹⁰ Cf. Philostr. *VS* 492.

¹¹ Cf. P. GÓMEZ, «De Musa a *Paideia*: a propósito de la *Vida* de Luciano», en *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos* II, Madrid, 1994, 205-211.

¹² *ibid.* 493.

¹³ *ibid.* 489-492.

roducido por Luciano en el relato sobre la vida de Demonacte, un filósofo, éste último, de vena cínica, aunque a partir del retrato lucianesco no parece hombre comprometido con ninguna escuela y, además, no disponemos sobre él de ninguna otra fuente que el propio Luciano. En cualquier caso, para lo que aquí ahora nos atañe, es significativo que Luciano presente al reputado sofista Favorino como uno de los antagonistas de Demonacte cuya figura, a lo largo del relato del samosatense, es dibujada como la de un hombre de certeros y oportunos comentarios que da constante testimonio de sus creencias con una vida sencilla, íntegra y sincera, alejada, por lo tanto, del prototipo del filósofo –y del sofista– objeto de las constantes invectivas por parte de Luciano en tantos de sus escritos¹⁴. Así, en una ocasión Favorino se habría dirigido a Demonacte para pedirle explicaciones por la crítica y burla de que era objeto. La respuesta de Demonacte es, en el escenario de Luciano, contundente, pues se reconoce autorizado para reírse de las creaciones de Favorino por el simple hecho de no tener "oídos fáciles de engañar" (*Demon.* 12). Esta respuesta evidencia hasta qué punto el sofista aparece en la mente de Luciano como un individuo cuyas palabras no tienen por asunto la verdad, no importan por su contenido, sino que están destinadas solo a la seducción, a cautivar el alma, como ya dijera Platón¹⁵. Al mismo tiempo, Luciano aprovecha para recordar algunos trazos distintivos de la figura del sofista galo, eunuco reconocido. Favorino pregunta a Demonacte cuál es su sistema filosófico predilecto, y éste le replica que no trate de distinguir a los filósofos por su barba, "cuando tú mismo no tienes barba" (*ibid.* 13). Aquí la respuesta de Demonacte concuerda con la habitual crítica lucianesca contra los falsos filósofos que se creen auténticos pensadores solo por adoptar una determinada y, a menudo, extravagante indumentaria o hábitos de vida¹⁶.

En *Timón o el misántropo*, el presocrático Anaxágoras también merece el calificativo de sofista por parte de Luciano. Zeus se lamenta de no tener sus dos mayores y castigadores rayos en óptimas condiciones por haber lanzado uno de ellos con excesivo furor contra "el sofista Anaxágoras, que intentaba convencer a sus discípulos de que nosotros, los dioses, no éramos nada en absoluto" (§ 10). Escueta y breve la referencia al ilustrado pensador de Clazomenas, pero suficiente, por una parte, para presentarlo –él que fue acusado de ateísmo por los conservadores– como símbolo de la contestación contra el pensamiento tradicional que caracterizó a los primeros sofistas; y, por otra, para destacar que una de las actividades propias de los sofistas, si no la principal, es convencer al

¹⁴ Sirvan como ejemplo del tratamiento dado a este tema a lo largo de toda una obra *Subasta de vidas*, *Nigrino* o *Fugitivos*.

¹⁵ Cf. Pl. *Phdr.* 261 a; 271 c, a propósito del término ψυχαγωγία.

¹⁶ Cf. Lucianus *Bis Acc.* 11; *Fug.* 14-16; *Symp.* 35; *DMeretr.* X 1.

auditorio, con engaño, por la belleza y buena disposición de palabras vacías y superficiales.

Por ello, en *Heródoto*, Luciano cita el nombre de cuatro "antiguos famosos sofistas" (§ 3) –Hippias, Pródico de Ceos, Anaxímenes de Quios y Polo de Agrigento¹⁷– como ejemplo de hombres que buscaban un camino corto para la gloria y para una rápida reputación¹⁸. El método seguido por ellos –explica Luciano– fue el mismo que otrora empleara Heródoto: hacer personalmente declamaciones y lecturas de sus obras ante una asamblea de espectadores. En el caso de Heródoto el escenario elegido fue los Juegos Olímpicos, porque allí se daba cita toda Grecia, del mismo modo que ahora él, Luciano, pretende darse a conocer ante el mayor número posible de macedonios reunidos, tal vez, en Béroé.

Y también Pitágoras. En el *Sueño o el gallo*, Gallo quiere explicar su reciente metamorfosis en este animal y pregunta a Micilo si ha oído hablar de Pitágoras. Su interlocutor le pregunta, a su vez, si se refiere "al sofista" (§ 4), que es llamado, además, embaucador, mago y vanidoso (ἀλαζόνα, γόητα καὶ τερατουργόν), porque –en opinión de Micilo– prescribe a sus seguidores excéntricos hábitos dietéticos y porque trata de persuadir a la gente de que no hable en cinco años. No obstante, Gallo confiesa ser él mismo Pitágoras y pide, por lo tanto, que Micilo ceje en sus insultos si no sabe qué clase de hombre era Pitágoras. Entonces, Gallo para rebatir la opinión que su interlocutor tiene de él, cuenta cómo ha llegado a ser lo que es, cuántas existencias ha vivido y qué beneficio ha obtenido en cada cambio. Gallo-Pitágoras fue primero el guerrero troyano Euforbo, que se da a conocer aquí como el asesino de Patroclo –aunque según Homero sólo lo hirió¹⁹–, y muerto, a su vez, a manos de Menelao. Después de la etapa heroica, cuando Gallo pasa a explicar su existencia como Pitágoras, y a pesar de haber pedido antes a Micilo que dejara de insultarle por considerarlo un sofista, reconoce ahora que debe ser sincero con él y, en prueba de ello, admite que era, en efecto, un "sofista", pero no carente de formación ni descuidado con las más nobles ciencias (οὐκ ἀπαίδευτος οὐδὲ ἀμελέτητος τῶν καλλίστων μαθημάτων, *Gall.* 18). Sin embargo, Gallo se avergüenza de revelar por qué motivo decidió

¹⁷ Hippias de Élida y Pródico de Ceos son prototipo de sofista. El primero por el carácter enciclopédico de su saber y de sus enseñanzas (*Cf.* Pl. *Hp.Ma.* 281-286); el segundo por su habilidad en el uso del lenguaje (*Cf.* Pl. *Chrm.* 163 d; *Smp.* 177 b; *Cra.* 384 c; Philostr. *VS* 496). En cambio, el milesio Anaxímenes, del s. VI a.C., forma parte de la nómina de filósofos presocráticos (*Cf.* D.L. II 3-5). En cuanto a Polo, discípulo de Gorgias, pasa por ser un sofista dado a los peores extremos de la retórica (*Cf.* Pl. *Grg.* 463 e, donde define qué es la retórica; Philostr. *VS* 497).

¹⁸ En *Maestro de oradores* (§ 7) Luciano juega con la imagen del doble camino para poseer a Retórica: uno, un sendero estrecho, pedregoso y cubierto de espinas, simboliza la antigua oratoria y sus seguidores son émulos de discursos trasnochados; el otro, ancho, regado y bien florido, lleva a la nueva oratoria que es puro artificio de palabras.

¹⁹ *Cf.* Hom. *Il.* XVI 806.

legislar tan raras prohibiciones alimentarias. La justificación dada está, sin duda, en consonancia con el perfil mismo de un sofista, ya que su intención –admite él– no era otra que atraerse la admiración humana "introduciendo novedades, relegando la razón al secreto, para que cada uno se perdiera en conjeturas y todos quedaran perplejos, como ante oráculos oscuros" (*ibid.*).

En *Prometeo*, donde Luciano explota la vertiente sofística del mitologema prometeico, el titán es presentado como un consumado sofista defensor –como Gorgias en el *Encomio de Helena*²⁰– de una causa perdida, la suya propia, ya que Prometeo, en un largo y brillante discurso de género epidíctico (§§ 7-19), argumentará que la creación del hombre y el robo del fuego no han perjudicado en modo alguno a los dioses, antes al contrario, han repercutido en mayor gloria y bien de éstos. Frente a la injusta acusación y condena de que ha sido objeto por parte de Zeus, Prometeo quiere presentar su defensa. Hermes le advierte que la apelación no va a modificar el veredicto, pero permite al titán que pronuncie su apología, porque deben aguardar hasta que "el águila descienda volando a habérselas con tu hígado" (*Prom.* 4), de modo que el tiempo de esta espera puede ser empleado –perdido, tal vez, desde la óptica de Hermes– "en escuchar una alocución sofística" (*ibid.*), ya que Prometeo es, en opinión del propio dios pleiteador, "el más hábil en el uso de la palabra" (*ibid.*). De nuevo, pues, también aquí aquello que, sin otro aditamento, define la actividad del sofista es una sagaz habilidad en el uso de la palabra, en la construcción del discurso y la vacuidad misma de estas palabras, pronunciadas, en este caso, para entretener la espera en la ejecución de una condena. Prometeo, por su parte, propone a Hefesto como juez de la contienda, pero el dios de la fragua se reconoce incompetente en oratoria judicial y declina esta tarea en favor de Hermes, porque este dios –afirma Luciano– "es orador y se ha ejercitado intensamente en estas cuestiones" (*ibid.* 5). Concluido el discurso de Prometeo –utilizado por Luciano para abundar en la crítica y ridículo de los dioses por ser envidiosos de los hombres, vengativos, crueles e inconsistentes consigo mismos–, Hermes confiesa que no es fácil litigar con un sofista tan excelente y, por lo tanto, él mismo, dios acusador, renuncia al turno de réplica y abandona al titán a su suerte, no sin antes desearle que finalmente aparezca Heracles para liberarlo, como Prometeo mismo ha anunciado²¹.

Por su parte, Peregrino-Proteo preparaba durante cuatro años un discurso. Entonces, como ya nadie en Olimpia le hacía caso ni tenía la fama de antes, pues todas sus gracias estaban muy vistas ya y no podía idear nada más que pudiera sorprender y maravillar a sus oyentes, Proteo inventó la proeza de la

²⁰ Cf. Gorg. *Hel.* 1-2.

²¹ Cf. Lucianus *Prom.* 21

pira anunciando que se lanzaría a las llamas²². Ante tal extravagancia, Luciano lo califica de sofista, pues "era hombre que estaba deseando morir y pronunciaba su propio discurso fúnebre antes de fallecer" (*Peregr.* 32). Por todo ello, sin duda alguna, Proteo fue, a juicio de Luciano, un hombre infeliz porque jamás su mirada estuvo puesta en la verdad, sino que –y en esta actitud encaja bien la consideración de sofista– siempre actuó para la fama y el vulgo, "hasta el punto de tirarse al fuego cuando ya ni siquiera iba a disfrutar de esos aplausos puesto que no iba a percibirlos" (*ibid.* 42). Proteo es propuesto como modelo extremo de quien todo lo hace únicamente para alcanzar la gloria, una vana gloria, falta de fundamento.

Aspiración inútil es igualmente la que otorga a un cierto Baso la mención de sofista, aunque tal vez también la merezca por su aspecto físico. Luciano reprocha con ferocidad a un ignorante su obsesión de pretender lograr instrucción por el simple hecho de adquirir y de poseer libros. Es entonces cuando menciona al por otra parte desconocido Baso en una secuencia de nombres que incluye el del flautista Bátalo²³, el del sibarita Hemiteón²⁴ –"aquel hombre de mala vida" (κίναιδος, *Ind.* 23), que prescribe conductas impropias de un varón como maquillarse, depilarse, "recibir y hacer tales y tales cosas" (πάσχειν καὶ ποιεῖν ἐκεῖνα, *ibid.*)²⁵–, todos ellos paradigma de falsedad y engaño, de manera que –observa Luciano– nadie los podría confundir con Heracles, aunque, como éste, se cubriesen con una piel de león y se proveyeran de una maza, pues su andar los delataría. Del mismo modo, también en *Maestro de oradores* el amaneramiento, la afectación, el físico, o la indumentaria, delatan y caracterizan al preceptor de quienes desean alcanzar un aplauso fácil por el ejercicio de las palabras, en el noble arte del discurso²⁶.

Ante el juez infernal Minos, el cartaginés Aníbal defiende su superioridad sobre Alejandro Magno y se reconoce merecedor de ser considerado entre los hombres dignos de alabanza al haber alcanzado la fama por sus propios medios y no debido a un golpe de fortuna. Las grandes gestas militares o un ecuaníme ejercicio del poder son méritos preferentes que Aníbal arguye en su propio favor, y todo ello –advierde explícitamente– "pese a ser bárbaro y sin haber sido

²² Cf. Lucianus *Peregr.* 20.

²³ Este nombre sólo es conocido por el texto de Luciano. Es, al parecer, un apodo de Demóstenes: en griego el término βατταρίζω significa "tartamudear"; Demóstenes pronunciaba la ρ como λ, de modo que el verbo tartamudear pasaría a ser βατταλίζω, y de ahí Βάταλος quien así pronuncia.

²⁴ Cf. Lucianus *Pseud.* 3.

²⁵ Comportamientos y actitudes que Luciano recomienda como integrantes de la instrucción de los nuevos oradores; Cf. Lucianus *Rb.Pr.* 23.

²⁶ *ibid.* 11-14.

formado en la cultura griega y sin recitar a Homero, como ése²⁷, ni haber sido educado por el sofista Aristóteles, sacando partido exclusivamente de mis cualidades innatas" (*DMort.* XXV 3). Aníbal contrapone así la naturaleza (μόνη δὲ τῇ φύσει ἀγαθῇ) a la convención, representada aquí por algunos tópicos de la educación griega. En otro diálogo, en cambio, el propio Alejandro también se despacha a gusto contra Aristóteles, al calificarlo de "impostor y maniobrero" (γόης καὶ τεχνίτης, *DMort.* XIII 5), por ser el más rastrero adulator del príncipe macedonio, y utiliza para ello el vocablo γόης, predicado, como hemos visto antes, del sofista Pitágoras²⁸.

Igualmente es en el Hades donde Heracles reprocha a Diógenes de Sínope su inacabable capacidad de argumentación y, por ello mismo, lo tilda de "osado y sofista" (θρασὺς καὶ σοφιστής, *DMort.* XI 5), pues el cínico se burla hasta límites insospechados del propio Heracles, cuando el espectro de éste quiere convencerlo de que el auténtico Heracles en su parte divina —en tanto que hijo de Zeus— está en el cielo en compañía de los dioses, mientras que él representa aquí, en el mundo subterráneo, su parte humana —en tanto que hijo de Anfitrión—, corpórea, por tanto, pero siendo ahora ya un espectro infernal.

La revisión de los contextos donde Luciano llama sofistas a individuos concretos, permite concluir que el samosatense, amparándose en la tradición, y aun en algún tópico sobre sus personajes-sofistas, pero rebatiéndolos si es necesario, presenta siempre bajo la etiqueta 'sofista', como término aplicado a un nombre propio, una connotación negativa. El sofista tanto si es un héroe, como un filósofo o una divinidad —y quizá solo con la excepción de Gorgias—, es siempre acusado de hombre vacío, farsante, fatuo, adulator, engañador, sensible a cualquier lisonja, cuya única habilidad consiste en el dominio de la palabra hueca orientado, en términos generales, sólo al aplauso fácil o a la captación y seducción del público. Así, volviendo al Hades lucianesco, Cerbero atribuye al mismísimo Sócrates la osadía y la audacia propias de quienes, farsantes, con sus discursos no pretender alcanzar ni profundizar en la verdad, pues éste antes de entrar en el Hades simulaba no temer la muerte en absoluto para ganarse la admiración de los espectadores, pero una vez dentro lloriqueaba como un niño. De ahí que Menipo no dude en considerar también al maestro de Platón un sofista redomado²⁹.

²⁷ Se refiere, claro está, a Alejandro.

²⁸ Cf. Lucianus *Gall.* 4.

²⁹ Cf. Lucianus *DMort.* IV 2.